

DISCURSO CONTESTACIÓN

DEL ACADÉMICO NUMERARIO

DON BUENAVENTURA SÁNCHEZ COMENDADOR

EXCELENTÍSIMO SEÑOR;

SEÑORAS:

SEÑORES:

Cumplo la obligación primordial de buscar una atenuante a mi colaboración en este solemne acto. Creo que con breves palabras y vuestra indulgencia saldré del trance, aunque algo apurado. Bastará que os relate lo sucedido.

Cuando Jiménez Rojas, a quien doy la más afectuosa bienvenida en nombre de esta Academia, fué sorprendido con su designación de Académico electo, mostró una gran extrañeza.

Conociendo su modestia y sinceridad, queda justificada esta emoción.

Nuestra vieja y fraternal amistad, le indujo a creer que yo hubiese intervenido activamente en su designación. Y con este motivo juzgó equivocada su elección. Pronto le convencí de que yo me había limitado a otorgarle mi voto.

Bastó que le indicase cómo podía ser interpretada torcidamente su obstinación, para que se rindiese. Y en una de sus espontaneidades me indicó que entonces sería yo el encargado de esta misión honrosa. ¿Cómo negarme? De una parte, nuestro cordial afecto de tantos años; de otra, mi deseo de corresponder a una prueba del frecuente y suave humorismo que él pone en las situaciones algo críticas.

Al principio, me pareció abrumadora la labor. Pero con la reflexión llegué al convencimiento de que como conozco la obra de Jiménez Rojas y le conozco a él, la empresa podía ser realizable.

A un artista del hierro y del pincel no ha de exigirle un gran esfuerzo crítico vuestra benevolencia.

Que Jiménez Rojas posee temperamento literario, es innegable. Una de las facetas suyas más personales es la inquietud espiritual. Siendo estudiante de Ciencias en Madrid comenzó a colaborar en *La Idea*, semanario republicano orientado y escrito por toledanos tan prestigiosos como el médico Sr. Gómez de Nicolás, D. Enrique Solás y D. José Vera.

Eran crónicas escritas con fácil prosa, en las que comentaba el suceso madrileño más destacado. En ellas se manifestaba el periodista que pronto tendría personalidad propia.

En toda su múltiple y diversa obra periodística se advierte, desde muy joven, un estilo muy personal, hecho de frases ciertas y cortantes, que revelan un modo propio de reflejar la vida y manifestar sus ideas.

Durante larga época colaboró en todos los periódicos de Toledo de franco y decidido ideario democrático.

En muchos semanarios de los que cita y otros que no menciona, dejó testimonio de un acendrado localismo.

Don Francisco Navarro Ledesma, el escritor toledano contemporáneo más ilustre, cuyo recuerdo va unido a un gran afecto y admiración, influyó en la vida literaria de Jiménez Rojas, que, siguiendo indicaciones del maestro, cultivó con acierto el cuento y la novela corta.

Pero era tan agotadora la labor de Navarro Ledesma, que derrumbó su naturaleza.

La muerte del gran literato influyó de una manera decisiva en Jiménez Rojas, que en él había puesto su leal afecto y sus esperanzas, y le desvió hacia el camino profesional, alejándole de las actividades literarias.

Volvió a Toledo, y en 1916, pensó en la novela toledana, que efectivamente, no se había hecho. Y escribió «Los que triunfan». Páginas del arrivismo provinciano. El triunfo fué rotundo, definitivo. El conocimiento del ambiente local y sus dotes de observador inteligente, así como el claro y limpio linaje de su prosa, le permitió hacer un libro que fué acogido con elogio por la crítica. Transcribo las frases de Dionisio Pérez, el gran escritor. «Los que triunfan». «La varia psicología y las diversas costumbres de nuestra provincia, apenas han sido reflejadas en nuestra literatura. La montaña y la huerta valenciana; un poco de Cataluña y An

dalucía, y la prodigiosa obra madrileña de Galdós, es cuanto puede ponerse en el haber de nuestras letras regionales. Sumad a eso una novela gallega o unas páginas asturianas o vascogadas, y queda acabado todo el haber de la novela provinciana. En Jiménez Rojas hay un novelista, sin duda alguna. Interés, pasión, amenidad, firme trazo en los personajes, limpieza y donosura en el estilo, dan personalidad al novel escritor.»

Toda la prensa local acogió cariñosamente la novela, en la que aparecen tipos de tan humana contextura, que la malicia puso nombres conocidos a personajes creados por el novelista.

La novela toledana estaba hecha. Y su autor, con el pretexto de un noviazgo, escribió páginas de un ambiente toledanísimo. Evocó fiestas y tradiciones de color local, y trazó páginas de inefable sentimentalismo, junto a capítulos que reflejan todos los matices de la ironía. En su capítulo «Gotas Amargas», hay frases que presienten su evolución espiritual. Dice así, poco más o menos: «en el espíritu, como en la materia, todo envejece. Los frívolos, ironistas, escépticos y satíricos, se forman sobre las ruinas de los austeros, ingenuos, místicos y románticos.» También él ha evolucionado hacia su actual humorismo, del que ha ofrecido recientes pruebas.

Tan cerca está su obra en *El Sol* y *La Voz*, de Madrid, en los que colabora desde su fundación, que no me parece preciso detallarla. No hubo tema local de algún interés, sin que fuese comentado en las columnas de los mencionados rotativos.

Es el tipo del periodista moderno, que a una cultura bien orientada, suma un estilo castizo y puro.

Para terminar referiré una anécdota suya.

En plena dictadura, cuando la prensa estaba oprimida por la censura, que prohibía, en absoluto, hablar de los políticos profesionales, escribió en *La Voz*, de Madrid, un artículo literario con el retrato del Conde de Romanones en el jardín de Buenavista. El pretexto fué un estudio histórico, pleno de humorismo, comparativo de las vidas del astuto político y la del esclarecido cardenal Sandoval y Rojas, opulento Mecenas del siglo XVII, que convirtió Buenavista en centro intelectual del que formaban parte Lope de Vega y su fraternal amigo el poeta Medinilla, entre otros ingenios de la época.

Cuando la censura, que retuvo el trabajo más de un mes, autorizó su publicación, fué tras de haberlo mutilado de forma

tan despiadada, que el Conde de Romanones tuvo la curiosidad de pedir el original. Tras de veladas alusiones a la situación política dictatorial, afirmaba su convencimiento acerca de que el travieso aristócrata, queriendo emular al insigne Cardenal que le precedió en la posesión del espléndido cigarral, había pensado en regalar a la Catedral otra capilla como la de la Virgen del Sagrario, donada por aquel purpurado, tan amante de las bellas artes en los tiempos medievales.

Este es mi intento de silueta espiritual del toledano inquieto, que con su obra, rebosante de viva y limpia sinceridad, viene a colaborar con doctos compañeros de esta Academia, cuya labor cultural se inspira en desinteresado amor a todas las manifestaciones del Arte.

HE DICHO.

4 5 5 5